

PUERTAS ADENTRO*

Lilia Lardone**

[...]

En las tripas sentís la mirada de las viejas en la vereda porque sabés que hablan de tus cosas, de tu vida, de tus encuentros con Juan. Una hoja al viento, una hija de nadie, porque nadie está para contarte cómo. Tantos años sin una carta ni nada, dice Ottavia cuando preguntás si se han ido tan lejos como para no volver. A veces los imaginás en una ciudad frente al mar, paseando del brazo por una avenida ancha con palmeras, al borde de la balaustrada blanca que refulge al sol. Charlan contentos, ella sonrío y lo mira. Él es alto, pelo negro y traje oscuro, una estampa que no se mueve, sólo parece dibujarse para acompañarla a ella, a Florentina, repetís Florentina y te parece que el nombre es más grande que tu garganta y entonces decís Tina. Otras veces la imagen surge menos clara, sólo un frufú de tela que te roza, una palabra de Ottavia que la trae a superficie, alguna mirada de Milena al atardecer. Con él resulta más difícil porque no ha dejado casi nada, apenas esa historia contada una y mil veces en este pueblo ávido de aconteceres ajenos. No querés pensar pero a menudo vuelven restos de comentarios, una familia marcada allá en el tiempo y ahora vos, que te has propuesto no repetir errores, no aceptar mansamente las sentencias del Ñato, no vivir puertas adentro como Milena y Ottavia. Te sentís libre como hoja al viento cuando con tus amigas armás excusas para cubrir encuentros, sentadas en el cordón de la vereda en las interminables noches de verano. Una hoja al viento en el otoño que avanza y trae pedazos de versos en la boca de Juan, *como pañuelos blancos de adiós viajan las nubes*, versos aprendidos de memoria para vos, *a veces amanezco y hasta mi alma está húmeda*, y vos mirás los bichos con su destino de bichos, *el viento de la noche gira en el cielo y canta*, achicharrándose en el farol de la esquina. Otro día es otro encuen-

* Lardone, Lilia. *Puertas adentro*. Córdoba: Babel. 2008: 84-88, 92-94, 95-96, 97-98, 99-103 (fragmentos).

** Scrittrice argentina.

tro furtivo en las sombras de la plaza, *innumerable corazón del viento latiendo sobre nuestro silencio enamorado*, hasta que te animás a ir más lejos, camino al cementerio, una tarde con un sol rojo que se apoya en el horizonte chato, *en tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo y las hojas caían en el agua de tu alma*. Lo ves desde lejos, alto y el pelo negro casi tapándole los ojos también negros, la camisa muy blanca recortándose en las sombras. Tus manos mojadas aprietan el manubrio mientras pedaleás sintiendo que él te quiere a vos, solamente a vos. Llegás secándote la cara con un pañuelo bordado, se te aparece la cara de Milena concentrada en la labor y en el hilo que se retuerce pero ahí está Juan para agarrarte de la mano y decirte vení, dejá la bici atrás del ligustro.

Atrás del ligustro también está la lona, para que no te ensucies el vestido, te explica y una vez más lo ves atento a tus deseos, a tus necesidades, distinto al egoísta de Pablo, pensás en el momento en que Juan te abraza y te inclina hasta dejarte estirada sobre la lona, la lengua adentro de tu boca, más fuerte, más dura, Juan encima con todo el peso de su cuerpo, las manos arriba y abajo, arriba y abajo pero más abajo cuando te saca la bombacha y te duele el vientre esperando lo que no sabés cómo, hasta que sentís el líquido tibio entre las piernas y te das cuenta de que acabó. *Me gusta cuando callas porque estás como ausente*, y apenas si lo oís, no tengas miedo porque volqué afuera, y vos decís bueno, ahora me tengo que ir.

Las calles de la vuelta se multiplican, es muy tarde pero no te importa porque las piernas te tiemblan y un calor sube desde adentro, Juan te quiere en serio, Juan va a ser tu novio, ahora sí, con Juan te vas a casar, vas a tener un vestido de novia con una corona de esas flores chiquitas que parecen de tul.

[...]

Esas celosías como ojos. Las has sentido en la piel al pedalear por las calles desiertas con la canasta que Ottavia te ha dado para los duraznos, los tomates, las chauchas. Qué ocurrencia ir a la quinta a esta hora, dijo, volvé antes de que el tío se levante, negra como carbón te vas a poner con el sol.

Cuando terminan las casas quedás sola en el camino lleno de charcos que vas sorteando, a un lado, a otro lado, hasta que la bicicleta patina y te cuesta mantener el equilibrio porque a lo lejos, en la última curva antes de la quinta, está parado el auto. Tenés tantas ganas de verlo que te ahogan, *no habrá ninguna igual no habrá ninguna* y hacés los últimos metros casi sin aliento, *como no quisiste a nadie como no podrás querer*. Te cortaste el pelo le decís por que no te aguantás sin tocarle la cabeza y estás por contarle el sueño de ayer, en el que él te abrazaba y vos reías, el sueño que Dolores encontró de buen augurio, pero te das cuenta de que no ha dicho nada todavía, él siempre tan hablador, Víctor el pico de oro como lo bautizaron las chicas, Víctor que recién ahora notás que tiene las manos sobre el volante y no te toca, Víctor que te dice entendeme pero no vamos a vernos más, me trasladaron a otra zona, no me guardés rencor.

De nuevo la piel para adentro, darla vuelta para no recordar las manos de Víctor deslizándose por tu cuerpo, las palabras de Víctor en tu oído ofreciéndote cielos azules y lejanos, las promesas de Víctor recorriendo tus huecos. En la punta de los dedos sentís de nuevo ganas de tocarlo, en el vientre un vacío muy profundo te provoca náuseas y bajás hacia el maizal. El vómito llega enseguida y lo ves escurrirse entre los yuyos, jirones amarillentos y ácidos que se mezclan con el olor a hinojo, que se secan poco a poco bajo el sol de la siesta.

Levantás la bicicleta y empezás a andar. No das vuelta la cabeza hasta que escuchás el motor alejándose en una nube de polvo gris.

[...]

Ottavia te mira al entrar y sabés que sospecha. Sin embargo no se va a enterar de nada, nadie se va a enterar porque la vieja lo juró sobre la memoria del hijo. Está todo bien, quedate tranquila, repetía una y otra vez. Apretabas fuerte el trapo que te dio para morder, cómo no te hiciste acompañar por una amiga, preguntó al abrirte la puerta. Mucho cuidado con gritar porque los vecinos comentan, ha advertido la vieja, es un momento nomás, ya termino, pero no terminaba y el dolor atravesaba la carne, los huesos, el dolor oscurecía la lámpara que colgaba sobre la camilla hasta que por fin sentiste la sangre caliente entre las piernas. Ahora te quedás un rato descansando, te indicó, no va a ser cosa de que te agarre una hemorragia. Pensaste que no te iba a agarrar nada porque ya habías dado vuelta la piel, toda la piel para adentro sin que nada se vea, *guardar lo que pienso lo que siento guardar bien*. Te levantaste, le diste las gracias y demoraste un poco en abrir el cierre de la cadena donde colgaba la medalla de tu comunión, aquí tiene lo prometido, dijiste y empezaste a caminar despacio. Después, acostada en tu pieza, rompiste en miles de pedacitos la fotografía de Víctor parado al lado del auto, comiendo mandarinas bajo un sol de invierno.

[...]

Ahora por fin sabés, porque vos misma rompiste el sobre. Volvías del colegio y entraste empujando con la cadera la puerta de la cocina siempre entreabierta esperándote, los brazos ocupados con libros y carpetas que desparramaste sobre la mesa mientras Ottavia va hacia el aparador y saca del cajón un sobre. Te lo da sin mirarte, un ademán apenas del brazo que lo alcanza, te fijás en la estampilla. Es la primera carta que recibís y te sorprende ver escrito *Señorita* arriba de tu nombre. Tu impulso es darte vuelta, ocultar ese pedazo de papel que te pertenece y abrirlo de un tirón para sacar la hoja delgada y blanca. *Querida hija*, lees, querida hija que sos vos y sentís un hormigueo en las manos, un temblor que no te deja seguir leyendo. Volvés al sobre y al sello que marca la estampilla; descubrís un nombre de ciudad que sabés lejana, una ciudad grande junto a un río con barcos. *Querida hija* y te fijás en la firma. *Tina*, dice y entonces sabés que sí, que después de tantos años ha llegado lo que esperabas.

[...]

No podés pensar en ella como tu mamá sino como Tina, Florentina la del cuadro, Tina la que pintaba con esa paleta que has guardado como único resto de su presencia. Tina, entonces, que escribe *te esperamos, las tres hermanas también te esperan* y no entendés, cómo hermanas si las hermanas de ella están acá y de repente te das cuenta, se aparecen tres caras iguales a la del retrato de Tina, ese donde está con el disfraz de luna que Ottavia guarda en el arcón, tres caras que se superponen con la otra, la de él, alto, morocho, pálido, la cara de él formada con los escasos datos que has podido conseguir. Por qué, por qué recién ahora, pero la carta no trae la respuesta.

Buscás la distancia en el mapa, hay un tren que puede llevarte hacia ellos. Ahí estará por fin tu lugar, una familia igual a la de todos.

[...]

Despertás con el ruido de la lluvia golpeando en el zinc, la lluvia acabando meses de sequía. Por primera vez desde la llegada de la carta, mirás a tu alrededor. Ottavia ha sacado tu ropa de la silla, seguramente al amanecer, cuando aún dormías. Pensás en las dos mujeres en la cocina, una con la plancha sobre tu uniforme y la otra tejiendo, él alzando la taza del mate cocido en la mañana gris, sin hablar, y esta mañana es el recuerdo de infinitas mañanas, años despertando al silencio, tragar la leche mientras Ottavia te alcanza las tostadas una a una. Qué podrías encontrar tras los gruesos vidrios de los anteojos de Milena si hace mucho que no mirás. Al fin ya has olvidado espiar las ventanas abiertas de otras casas, ni siquiera envidiás las sobremesas bochincheras en las casas de tus amigas. Encontrar un lugar igual al de los otros, ser como los otros, buscar cada día y en cada momento hasta encajar tus deseos como en un rompecabezas, bordes salientes con bordes entrantes, fragmentos de balaustrada con pedazos de mar, astillas de ojos con restos de piel. Has comprendido al fin que faltan piezas, que resulta imposible fijar el cuadro y dejás de preguntarte por qué a vos.

Desde la ventana ves los gorriones refugiados bajo el alero, evitando las gruesas gotas de una lluvia que parece no terminar nunca. *Tiempo de pájaros*, como el radioteatro que escuchás con Dolores. *Tiempo de pájaros*, volar al viento, otra vez hoja al viento. Sabés que apenas te manden la plata del pasaje te vas a ir.

[...]

Sobre la cama está la valija en donde colocás lentamente tus cosas, una sobre otra, doblando cada ángulo, adaptándolas a la forma rectangular y desconocida. Has olido un tufo espeso que sale de esa caja rectangular en donde entró tu vida. Airear y cerrar luego la valija sin guardar ni siquiera un olor, *guardar*, apilar con cuidado para que entren los vestidos, las blusas, mientras imaginás a

las que no tienen nombre porque la carta no las nombra, sólo *tus tres hermanas* y esa imagen borrosa que se cristaliza a veces en otras imágenes perdidas.

Mañana a las diez llega el tren, como todos los días, sólo que mañana subirás por primera vez. Vas a llorar cuando te despidas de Ottavia, cuando agites la mano por la ventanilla para saludar a Milena, cuando el tren empiece su marcha y la estación se pierda de a poco junto al pueblo chato.

Necesitás que mañana también llueva, que los pájaros permanezcan refugiados en aleros y árboles, necesitás ser la única que parte.

[...]